



2 cuentos de fantasmas

La galera
Mujica Láinez

El capote
Gogol

Ilustraciones de Leicia Gotlibowski

Este libro pertenece a:

Este material ha sido elaborado por la Dirección de Educación Primaria, DGGE, Subsecretaría de Coordinación Pedagógica y Equidad Educativa, Ministerio de Educación, CABA
Selección de textos y adaptación de “El capote”: María Elena Cuter y Mirta Torres
Diseño gráfico y diagramación: Leicia Gotlibowski
Ilustración: Leicia Gotlibowski

Mujica Láinez, Manuel

Dos cuentos de fantasmas: La galera y El capote / Manuel Mujica Láinez; Nikolái Vasilievich Gógol; compilado por Mirta Torres; María Elena Cuter; editado por Leicia Gotlibowski; ilustrado por Leicia Gotlibowski. - 1a edición para el alumno - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Dirección General Escuela de Maestros, 2019. 36 p. : il. ; 15 x 21 cm.

ISBN 978-987-549-805-1

I. Literatura Infantil. I. Torres, Mirta, comp. II. Cuter, María Elena, comp. III. Gotlibowski, Leicia, ed. IV. Gotlibowski, Leicia, illus. V. Título.
CDD A863.9282

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ministerio de Educación
Paseo Colón 255 - CABA

Hecho el depósito que marca la Ley nº 11.723
Distribución gratuita. Prohibida su venta.

MINISTRA DE EDUCACIÓN
Soledad Acuña

SUBSECRETARIA DE COORDINACIÓN PEDAGÓGICA Y EQUIDAD EDUCATIVA
Andrea Bruzos Bouchet

SUBSECRETARIO DE CARRERA DOCENTE Y FORMACIÓN TÉCNICA PROFESIONAL
Javier Tarulla

SUBSECRETARIO DE GESTIÓN ECONÓMICO FINANCIERA
Y ADMINISTRACIÓN DE RECURSOS
Sebastián Tomaghelli

SUBSECRETARIO DE PLANEAMIENTO E INNOVACIÓN EDUCATIVA
Diego Meiriño

DIRECTORA GENERAL DE EDUCACIÓN DE GESTIÓN ESTATAL
Carola Martínez

DIRECTOR DE EDUCACIÓN PRIMARIA
Marcelo Bruno

2 cuentos de fantasmas



LA GALERA

DE MANUEL
MUJICA LAINEZ
pág. 5



EL CAPOTE

DE NICOLAI
VASILIEVICH GOGOL
pág. 15

Agradecemos a la Fundación Mujica Láinez la cesión de derechos para la publicación de *La galera*.

<http://www.fundacionmujicalainez.org/services.html>



LA GALERA

¿Cuántos días, cuántos crueles, torturadores días hace que viajan así, sacudidos, zangoloteados, golpeados sin piedad contra la caja de la galera, aprisionados en los asientos duros? Catalina ha perdido la cuenta. Lo mismo pueden ser cinco que diez, que quince; lo mismo puede haber transcurrido un mes desde que partieron de Córdoba, arrastrados por ocho mulas dementes. Ciento cuarenta y dos leguas median entre Córdoba y Buenos Aires; y aunque Catalina calcula que ya llevan recorridas más de trescientas, sólo ochenta separan, en verdad, a su punto de origen y la Guardia de la Esquina, próxima parada de las postas.

Los otros viajeros vienen amodorrados, agitando las cabezas como títeres; pero Catalina no logra dormir. Apenas si ha cerrado los ojos desde que abandonaron la sabia ciudad. El coche chirría y cruje columpiándose en las sopandas de cuero estiradas a torniquete, sobres las ruedas altísimas de madera de urunday.

De nada sirve que ejes y mazas y balancines estén revueltos en largas lonjas de cuero fresco para amortiguar los encontrones. La galera infernal parece haber sido construida a propósito para martirizar a quienes la ocupan. ¡Ah, pero esto no quedará así! En cuanto lleguen a Buenos Aires, la vieja señorita se quejará a don Antonio Romero de Tejada, administrador principal de correos; y si es menester, irá hasta la propia virreina Del Pino, la señora Rafaela de Vera y Pintado. ¡Ya verán quién es Catalina Vargas!

La señorita se arrebujaba en su amplio manto gris y palpa una vez más, bajo la falda, las bolsitas que cosió en el interior de su ropa y que contienen su tesoro. Mira hacia sus acompañantes, temerosa de que sospechen de su actitud; más su desconfianza se deshace pronto. Nadie se fija en ella. El conductor de la correspondencia ronca atrozmente en un rincón; al pecho, el escudo de bronce con las armas reales; apoyados los pies en la bolsa del correo. Los otros se acomodaron en posturas disparatadas, sobre las mantas con las cuales improvisan lechos hostiles cuando el coche se detiene para el descanso. Debajo de los asientos, en cajones, canta el abollado metal de las valijas al chocar contra las provisiones y las garrafas de vino.

Afuera el sol enloquece al paisaje. Una nube de polvo envuelve a la galera y a los cuatro soldados que la escoltan al galope, listas las armas, porque en cualquier instante, puede surgir un malón de indios y habrá que defender las vidas. La sangre de las mulas hostigadas por los postigotes mancha los vidrios. Si abrieran las ventanas, la tierra sofocaría a los viajeros; de modo que es fuerza andar en el agobio de la clausura que apesta el olor a comida guardada y a gente y ropa sin lavar.

¡Dios mío! ¡Así ha sido todo el tiempo, todo el tiempo, cada minuto, lo mismo cuando cruzaron los bosques de algarrobos, de chañares, de talas y de piquillines, que cuando vadearon el

Río Segundo y el Saladillo! Ampía, los Puestos de Ferreira, Tío Pugio, Colmán, Fraile Muerto, la Esquina de Castillo, la Posta del Zanjón, Cabeza de Tigre... Se confunden los nombres en la mente de Catalina Vargas, como se confunden los perfiles de las estancias que velan en el desierto, coronadas por miradores iguales, y de las fugaces pulperías donde los paisanos suspendían las partidas de naipes y de taba para acudir al encuentro de la diligencia enorme, único lazo de noticias con la ciudad remota.





¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Y las tardes que pasan sin dormir, pues casi todo el viaje se cumple de noche! ¡Las tardes durante las cuales se revolvió desesperada sobre el catre rebelde del parador, atormentados los oídos por la risa cercana de los peones y los esclavos que desafiaban la vihuela o asaban el costillar! Y luego, a galopar nuevamente... Los negros se afirmaban en el estribo, prendidos como sanguijuelas; y era milagro que la zarabanda no los despidiera por los aires; las petacas, baúles y colchones se amontonaban sobre la cubierta. Sonaba el cuerno de los postillones encañados en las mulas, y a galopar, a galopar.

Catalina tantea, bajo la saya que muestra tantos tonos de mugre como lamparones, las bestias uncidas al vehículo, los bolsos cosidos, los bolsos grávidos de monedas de oro. Vale la pena el despiadado ajeteo, por lo que aguarda después, cuando las piezas redondas que ostentan la soberana efigie enseñen a Buenos Aires su poderío. ¡Cómo la adularán! Hasta el señor virrey del Pino visitará su estrado al enterarse de su fortuna.

¡Su fortuna! Y no sólo esas monedas que se esconden bajo su falda con delicioso balanceo: es la estancia de Córdoba y la de Santiago, y la casa de la calle de las Torres... Su hermana viuda ha muerto y, ahora a ella, le toca la fortuna esperada. Nunca hallarán el testamento que destruyó cuidadosamente; nunca sabrán lo otro... lo otro... aquellas medicinas que ocultó... y aquello que mezcló con las medicinas... Y ¿qué? ¿No estaba en su derecho al hacerlo? ¿Era justo que la locura de su hermana la privara de lo que se le debía? ¿No procedió bien al protegerse, al proteger sus últimos años? El mal que devoraba a Lucrecia era de los que no admiten cura...

El galope... el galope... el galope... Junto a la portezuela traqueteante, baila la figura de uno de los soldados de la escolta. El largo gemido del cuerno anuncia que se acercan a la Guardia de la Esquina. Es una etapa más.

Y las siguientes se suceden: costean el Carcarañá, avizorando lejanas rancherías diseminadas entre pobres lagunas donde bañan sus trenzas los sauces solitarios; alcanzan a India Muerta; pasan el Arroyo del Medio. Días y noches, días y noches. He aquí Pergamino, con su fuerte rodeado de ancho foso, con su puente levadizo de madera y cuatro cañoncitos que apuntan a la llanura sin límites. Un teniente de dragones se aproxima, esponjándose, hinchado el buche como un pájaro multicolor, a buscar los pliegos sellados con lacre rojo. Cambian las mulas que manan sudor y sangre y fango. Y por la noche, reanudan la marcha.

El galope... el galope... el tamborileo de los cascos y el silbido veloz de las fustas... No cesa la matraca de los vidrios. Aún bajo el cielo fulgente de astros, maravilloso como el manto de una reina, el calor guerrea con los prisioneros de la caja estremecida. Las ruedas se hunden en las huellas costrosas dejadas por los carretones tirados por bueyes. Pero ya falta poco. Arrecifes...

Areco... Luján... Ya falta poco.

Catalina Vargas va semidesvanecida. Sus dedos estrujan las escarcelas donde oscila el oro de su hermana. ¡Su hermana! No hay que recordarla. Aquello fue una pesadilla soñada hace mucho.

El correo real fuma una pipa. La señorita se incorpora, furiosa. ¡Es el colmo! ¡Como si no bastaran los sufrimientos que padecen! Pero cuando se apresta a increpar al funcionario, Catalina advierte dentro del coche la presencia de una nueva pasajera. La ve detrás del cendal de humo; brumosa, espectral. Lleva una capa gris semejante a la suya, y como ella, se cubre con un capuchón. ¿Cuándo subió al carruaje? No fue en Pergamino. Podría jurar que no fue en Pergamino, la parada postrera, ¿cómo es posible...?

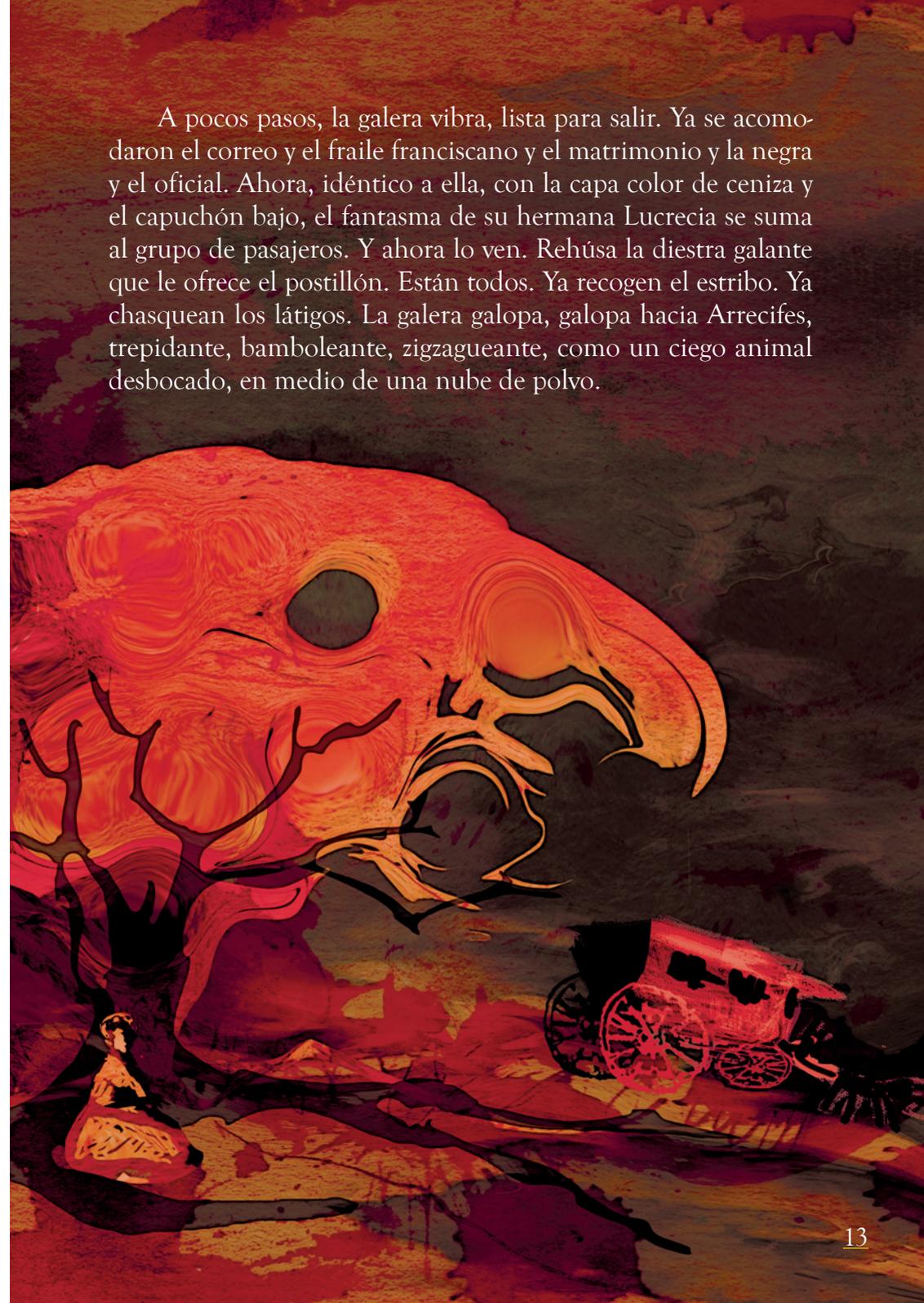
La viajera gira el rostro hacia Catalina Vargas; y Catalina reconoce, en la penumbra del atavío, en la neblina que todo lo invade, la fisonomía angulosa de su hermana, de su hermana muerta. Los demás parecen no haberse percatado de su aparición. El correo sigue fumando. Más acá, el fraile reza con las palmas juntas; y el matrimonio que viene del Alto Perú dormita y cabecea. La negrita habla por lo bajo con el oficial.

Catalina se encoge, transpirando de miedo. Su hermana la observa con los ojos desencajados. Y el humo, el humo crece en bocanadas nauseabundas. La vieja señorita quisiera gritar, pero ha perdido la voz. Manotea en el aire espeso; más sus compañeros no tienen tiempo de ocuparse de ella, porque en ese instante, con gran estrépito, algo cede en la base del vehículo y la galera se tuerce y se tumba entre los gruñidos y corcovos de las mulas sofrenadas bruscamente. Uno de los ejes se ha roto.

Postillones y soldados ayudan a los maltrechos viajeros a salir de la casilla. Multiplican las explicaciones para calmarlos. No es nada. Dentro de media hora, estará arreglado el desperfecto y podrán continuar su andanza hacia Arrecifes, de donde los separan cuatro leguas.

Catalina vuelve en sí de su desmayo y se halla tendida sobre las raíces del ombú. El resto rodea al coche, cuya caja ha recobrado la posición normal sobre las sopandas. Suena el cuerno, y los soldados montan en sus cabalgaduras. Uno permanece junto a la abierta portezuela del carruaje para cerciorarse de que no falta ninguno de los pasajeros a medida que trepan al interior.

La señorita se alza, mas un peso terrible le impide levantarse. ¿Tendrá quebrados los huesos, o serán las monedas de oro las que tironean de su falda como si fueran de mármol, como si todo su vestido se hubiera transformado en un bloque de mármol que la clava en tierra? La voz se le anuda en la garganta.



A pocos pasos, la galera vibra, lista para salir. Ya se acomodaron el correo y el fraile franciscano y el matrimonio y la negra y el oficial. Ahora, idéntico a ella, con la capa color de ceniza y el capuchón bajo, el fantasma de su hermana Lucrecia se suma al grupo de pasajeros. Y ahora lo ven. Rehúsa la diestra galante que le ofrece el postillón. Están todos. Ya recogen el estribo. Ya chasquean los látigos. La galera galopa, galopa hacia Arrecifes, trepidante, bamboleante, zigzagueante, como un ciego animal desbocado, en medio de una nube de polvo.

Y Catalina Vargas queda sola, inmóvil, muda, en la soledad de la pampa y de la noche, donde en breve no se oirá más que el grito de los caranchos.



EL CAPOTE

En un ministerio de San Petersburgo trabajaba un funcionario de quien solo se puede decir que no tenía nada de particular. Era bajito, algo picado de viruelas, más bien pelirrojo y corto de vista, con una calvicie cada vez más pronunciada, las mejillas arrugadas y el rostro pálido, como el de las personas que sufren alguna enfermedad... ¡Qué se le va a hacer! La culpa la tenía el clima de San Petersburgo.

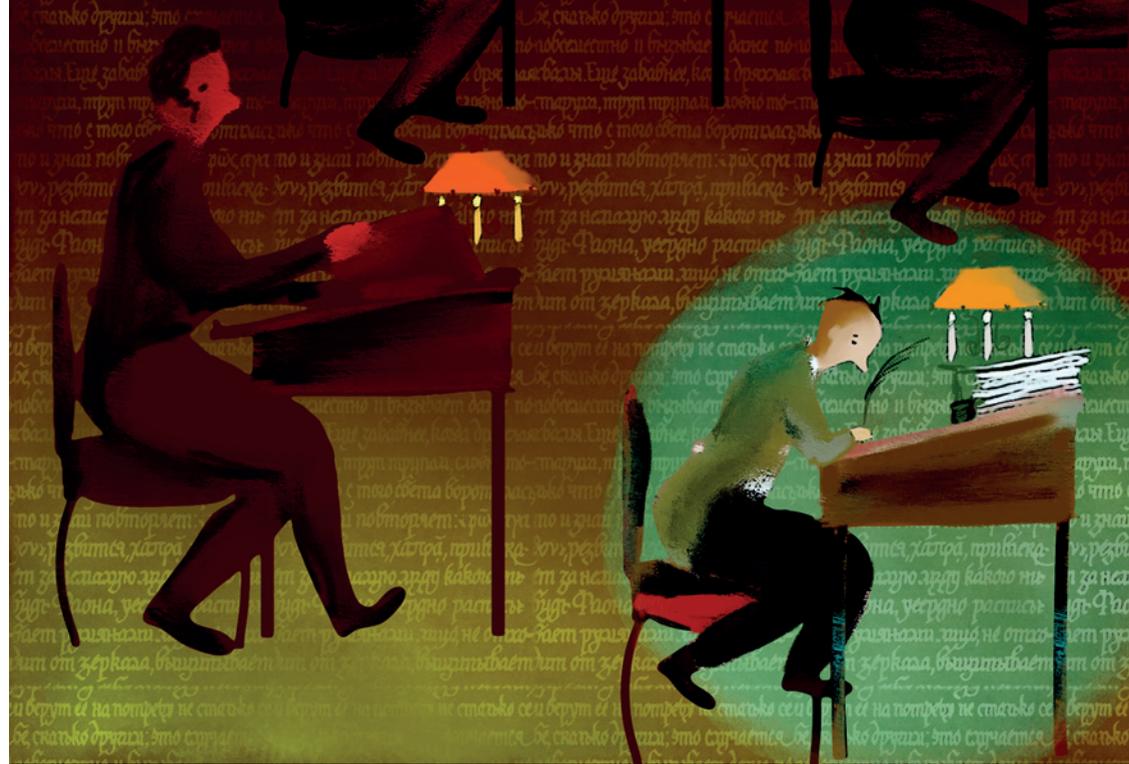
Nuestro hombre se llamaba Akaki Akakievich Bachmachkin. Quizá les parezca un nombre rebuscado, pero puedo asegurarles que las circunstancias hicieron imposible darle otro. Los padrinos, excelentes personas, propusieron a la madre —hoy difunta— tres nombres, pero ella pensó: —¡De ningún modo! ¡Son graciosos los nombrecitos que proponen! ¡Nunca había oído nada igual—. Y dijo en voz alta: —Llevará el nombre de su padre: Akaki. Y así fue.

Nadie puede decir cuándo Akaki Akakievich entró en el cargo ministerial y quién lo colocó allí. Los directores y jefes lo habían visto siempre en el mismo sitio, en la misma postura, atareado en su trabajo de copista, calvo y vistiendo su mismo uniforme.

En el ministerio no le tenían el menor respeto. Los ordenanzas lo veían pasar como si él fuera una mosca que volara por la sala. Sus superiores lo trataban con frialdad. Los ayudantes del jefe le ponían los montones de papeles debajo de las narices, sin decirle siquiera: “¡Cópielos!”, con los buenos modales que se estilan en las oficinas. Y él los tomaba, sin mirar quién se los daba, y se ponía en el acto a copiarlos.

Los empleados jóvenes se burlaban contando en su presencia toda clase de historias inventadas sobre él y su patrona, una anciana de setenta años. Decían que la vieja le pegaba, le preguntaban cuándo iba a casarse con ella y le tiraban papelitos sobre la cabeza. Pero a todo esto, Akaki Akakievich no replicaba nada y en medio de tantas incomodidades no cometía ni un solo error en su escritura. Solo cuando las bromas consistían en darle algún golpe en el brazo e impedirle seguir con su trabajo, decía:

—¡Dejadme! ¡Por qué me tratáis así?



Difícilmente se encontraría un hombre tan dedicado a su trabajo. Lo hacía con esmero y allí, copiando documentos, se abría ante él un mundo pintoresco y atrayente. Algunas letras eran sus favoritas, y cuando correspondía copiar una de ellas sonreía, parpadeaba y la pronunciaba con los labios, de manera que resultaba posible leer en su rostro qué letra trazaba con su pluma.

En cierta ocasión, un director, hombre bondadoso, deseando recompensarlo por sus largos servicios, ordenó que le diesen un trabajo de mayor importancia que el suyo. Se le encargó entonces que redactara un informe siguiendo el modelo de un expediente. Solo debía cambiar el título y sustituir el nombre de la persona interesada. Pero le dio tanto esfuerzo que quedó bañado en sudor y suplicó:

—No; será mejor que me dé a copiar algo, como hacía antes.

Y desde entonces lo dejaron para siempre de copista.





Fuera de estas copias, parecía que en el mundo no existía nada para él. Nunca se preocupaba por la vestimenta. Su uniforme ya no era verde, sino que había adquirido un color pardo y grisáceo. Siempre algo se le quedaba pegado al traje, a veces un poco de heno o algunos hilos. Además, tenía la mala suerte de pasar siempre por debajo de las ventanas precisamente cuando arrojaban basuras a la calle. Y por eso, en todo momento, colgaba de su sombrero alguna cáscara de melón o de sandía o cosa parecida.

Jamás puso atención Akaki Akakievich a los sucesos que ocurrían en las calles; sólo tenía ojos para mirar los renglones con su prolija letra.

De regreso a su casa se sentaba inmediatamente a la mesa, engullía la sopa y un pedazo de carne de vaca con cebollas, sin sentir su sabor. Cuando notaba que el estómago empezaba a llenarse, se levantaba de la mesa, tomaba un tintero pequeño y se ponía a copiar papeles traídos del ministerio. Nadie podía afirmar haberlo visto siquiera una sola vez en alguna reunión al anochecer; cuando se sentía satisfecho de haber copiado se acostaba pensando en qué le tocaría escribir a la mañana siguiente.

Y así transcurría la vida de este hombre apacible. Tal vez hubiera llegado a muy viejo, a no ser por las desgracias que sobrevienen en el curso de la vida.

Hay en San Petersburgo un enemigo terrible de todos aquellos que no reciben más de cuatrocientos rublos anuales de sueldo. Este enemigo no es otro que el terrible frío del norte. Pasadas las ocho de la mañana, la hora en que van a la oficina los empleados de los ministerios, el frío punzante ataca de tal forma que los pobres no saben cómo resguardarse.

Desde hacía algún tiempo, Akaki Akakievich sentía un dolor fuerte en la espalda y en el hombro, a pesar de que procuraba recorrer lo más rápidamente posible la distancia entre su casa y la oficina. Se le ocurrió al fin pensar si no tendría la culpa de ello su abrigo. Lo examinó minuciosamente en casa y comprobó que en la espalda y en los hombros la tela estaba tan gastada que podía ver a través de ella.

Akaki Akakievich decidió entonces llevarlo a Petrovich, un sastre bizco y picado de viruelas, que tenía bastante habilidad para remendar pantalones y abrigos de funcionarios y otros caballeros. Reflexionó unos momentos sobre el precio que iba a cobrarle Petrovich, y resolvió no darle más de dos rublos.

Una tarde, llegó a la habitación donde se encontraba Petrovich sentado en una ancha mesa de madera con las piernas cruzadas y descalzo, según costumbre de los sastres cuando están trabajando.



Llevaba al cuello una madeja de seda y de hilo y tenía sobre las rodillas una prenda de vestir destrozada. Desde hacía tres minutos hacía lo imposible por enhebrar una aguja, sin conseguirlo, y por eso echaba pestes contra el hilo, murmurando entre dientes:

—¡No quieres entrar, hilo sinvergüenza! ¡Me estás haciendo perder la paciencia, desgraciado!

De pronto, Petrovich clavó en él su ojo torcido y Akaki Akakievich dijo sin querer:

—¡Buenos días, Petrovich!

—¡Muy buenos los tenga usted! —respondió el sastre.

—Vengo a verte, Petrovich, pues yo... justamente...

—¿Qué quiere, pues? —le preguntó Petrovich.

Sean ustedes que Akaki Akakievich se expresaba con dificultad y le costaba mucho terminar las frases cuando hablaba de un asunto complicado.

—Pues, Petrovich...; yo quisiera que... este abrigo...; el paño está fuerte en algunos lugares...; ¿ves?, solo que parece un poco gastado en la espalda y también un poquito en el hombro y en el otro hombro... Eso es todo... No es mucho trabajo...

Petrovich tomó el abrigo, lo extendió sobre la mesa y lo examinó detenidamente. Después puso el abrigo al trasluz y negó con la cabeza. Luego lo puso al revés con el forro hacia afuera, y volvió a menear la cabeza. Dijo por fin:

—No tiene arreglo. Es demasiado viejo.

El corazón se le oprimió al pobre Akaki Akakievich.

—¿Por qué no es posible, Petrovich? —preguntó con voz suplicante de niño—. Tú tendrás seguramente algún pedazo de tela...

—Sí, los pedazos se podrían encontrar —dijo Petrovich—; solo que no se pueden coser, pues el paño está completamente podrido y se romperá en cuanto lo toque con la aguja.

—Bueno, pues refuézalo...

—No —dijo Petrovich con firmeza—; no se puede hacer nada. Tendrá que hacerse un abrigo nuevo.

Al oír la palabra “nuevo”, Akaki Akakievich sintió que se le nublaba la vista y le pareció que todo lo que había en la habitación empezaba a dar vueltas.

—No tengo dinero para un abrigo nuevo —murmuró en voz muy baja.

—Sí; uno nuevo —repitió Petrovich con brutal tranquilidad.

—...Y de ser nuevo... ¿cuánto costaría?

—Pues unos ciento cincuenta rublos —contestó Petrovich.

Al sastre le gustaba mirar de reojo al cliente para ver qué cara de susto ponía al oír el precio de un nuevo capote.

—¡Ciento cincuenta rublos por el abrigo! —exclamó el pobre Akaki Akakievich.

Quizá por primera vez se le escapaba semejante grito, ya que siempre se distinguía por su voz muy suave.

—Sí —dijo Petrovich.

Akaki Akakievich quedó completamente abatido y se marchó.

Al salir a la calle, iba murmurando para sí mismo:

—¡Qué cosa! La verdad es que yo nunca podía suponer...

Y después de un largo silencio, terminó diciendo:

—¡Qué situación! ...

De camino a su casa Akaki Akakievich tomó una decisión:

—Ahora no se puede hablar con Petrovich... Será mejor que vaya a verle el domingo por la mañana; después de la noche del sábado estará medio dormido, deseará beber para reanimarse, yo le daré una moneda de diez kopeks y él arreglará el capote...

Y procurando animarse, esperó hasta el domingo. En efecto, Petrovich, después de la borrachera de la víspera, estaba medio dormido; pero con todo eso, en cuanto se enteró de lo que se trataba, exclamó como si el mismísimo demonio le diera impulso:

—¡No puede ser! ¡Haga el favor de encargarme otro capote!

Y entonces fue cuando Akakiy Akakievich le metió en la mano la moneda de diez kopeks.

—Gracias, señor; brindaré a su salud —dijo Petrovich.— En cuanto al capote, no sirve para nada.



Solo entonces vio el pobre copista que no podía pasarse sin un nuevo abrigo y perdió el ánimo por completo.



Pensándolo mucho, Akaki Akakievich sospechó que Petrovich consentiría en hacerle el abrigo por ochenta rublos. Pero, de todas maneras, ¿dónde hallar esos ochenta rublos?

Akaki Akakievich pensaba, pensaba, y finalmente llegó a la conclusión de que era preciso reducir los gastos por lo menos durante un año, o sea, dejar de tomar té todas las noches, no encender la vela y, si tenía que copiar algo, ir a la habitación de la patrona para trabajar a la luz de su vela. También sería preciso, al andar por la calle, pisar lo más suavemente posible las piedras y baldosas e ir casi de puntillas para no gastar demasiado las suelas. Y para que no se gastara la ropa, quitársela al volver a casa y ponerse solo la bata.

Al principio le costó bastante adaptarse a estas privaciones, pero después se acostumbró y todo fue muy bien. Incluso hasta

llegó a dejar de cenar. En cambio, se alegraba con la eterna idea de su futuro abrigo. Desde aquel momento su vida cobró mayor plenitud, como si la ilusión del capote se hubiera transformado para él en una querida compañera que caminaba a su lado por el sendero de la vida. Se volvió más animado y enérgico, como un hombre que se propone alcanzar una meta. En cierta ocasión, al copiar un documento, estuvo a punto de cometer una falta; sorprendido exclamó “¡ah!” casi en voz alta.

Las cosas se aceleraron más de lo que Akaki Akakievich pensaba. Contra toda suposición, el director le dio un aguinaldo, no de cuarenta o cuarenta y ocho rublos, sino de sesenta rublos. El caso es que el copista se enriqueció de repente con veinte rublos más. Su corazón, por lo general tan apacible, empezó a latir precipitadamente. Y ese mismo día fue a las tiendas en compañía de Petrovich. Compraron un paño buenísimo, eligieron un forro que parecía de seda por su aspecto y su brillo y escogieron la más hermosa piel de gato que había en toda la tienda y que de lejos fácilmente se podía tomar por piel de marta.

Petrovich tardó unas dos semanas en hacer el abrigo, pues era preciso respuntar mucho. Un día le llevó, por fin, el capote. Seguramente, ese fue el momento más solemne en la vida de Akaki Akakievich.

Petrovich apareció con el abrigo como suele hacerlo todo buen sastre: lo traía envuelto en una sábana blanca recién planchada. Desenvolvió el capote, lo miró orgulloso y tomándolo con ambas manos lo echó con suma habilidad sobre los hombros de Akaki Akakievich. Luego, lo arregló, estirándolo un poco hacia abajo a manera de capa. Se lo ajustó perfectamente, pero sin abrocharlo. Akaki Akakievich quiso también probar las mangas. Petrovich lo ayudó a hacerlo, y he aquí que el abrigo le sentaba estupendamente. El copista le pagó, le dio las gracias y salió con su nuevo abrigo camino de la oficina.



El sastre salió detrás de él y, parándose en plena calle, le siguió largo rato con la mirada, contemplando a lo lejos el abrigo. Mientras tanto, Akaki Akakievich seguía caminando con gran alegría. A cada momento sentía que llevaba un abrigo nuevo sobre los hombros y hasta llegó a sonreírse varias veces con íntima satisfacción. El camino se le hizo cortísimo, y de repente se encontró en la oficina. Dejó el abrigo en la conserjería y volvió a mirarlo por todos los lados, rogando al conserje que tuviera especial cuidado con él.

No se sabe cómo, pero al momento, todos se enteraron en la oficina de que Akaki Akakievich tenía un abrigo nuevo y salieron a la conserjería para verlo.

Empezaron a felicitarlo tan cordialmente que se sonrió, aunque luego acabó por sentirse algo avergonzado. Cuando todos se acercaron a él diciendo que tenía que celebrar el estreno del abrigo con una fiesta, el pobre Akaki Akakievich se turbó por completo y no supo qué responder ni cómo defenderse. Solo pasados unos minutos y poniéndose todo colorado intentó asegurarles que no era un abrigo nuevo, sino uno viejo.

Uno de los funcionarios, ayudante del jefe de oficina, dijo: —Señores; precisamente hoy es mi cumpleaños. Daré una fiesta y celebraremos también el nuevo abrigo de Akaki Akakievich. Los convido a cenar esta noche en mi casa.

Akaki Akakievich quiso negarse, pero todos le interrumpieron diciendo que era una descortesía, que debería darle vergüenza y terminó por aceptar la invitación.

El funcionario vivía en la parte céntrica de la ciudad, o sea lejos de la casa de Akaki Akakievich. El copista tuvo que caminar primero por calles solitarias escasamente alumbradas, y a medida que iba acercándose al lugar de la fiesta, las calles se veían más animadas y mejor alumbradas. Para Akaki Akakievich todo resultaba una verdadera novedad pues hacía varios años que no caminaba de noche por las calles.

Por fin, llegó a la casa donde vivía el ayudante del jefe de oficina. Al entrar escuchó voces confusas que venían de la habitación contigua. De repente se hicieron claras y sonoras al abrirse la puerta para dar paso a un lacayo que llevaba una bandeja con vasos vacíos y una cesta de bizcochos.

Akaki Akakievich colgó él mismo su abrigo y entró en la habitación. Ante sus ojos desfilaron al mismo tiempo las velas, los funcionarios, las pipas y las mesas de juego mientras que el rumor de las conversaciones y el ruido de las sillas sorprendían sus oídos.

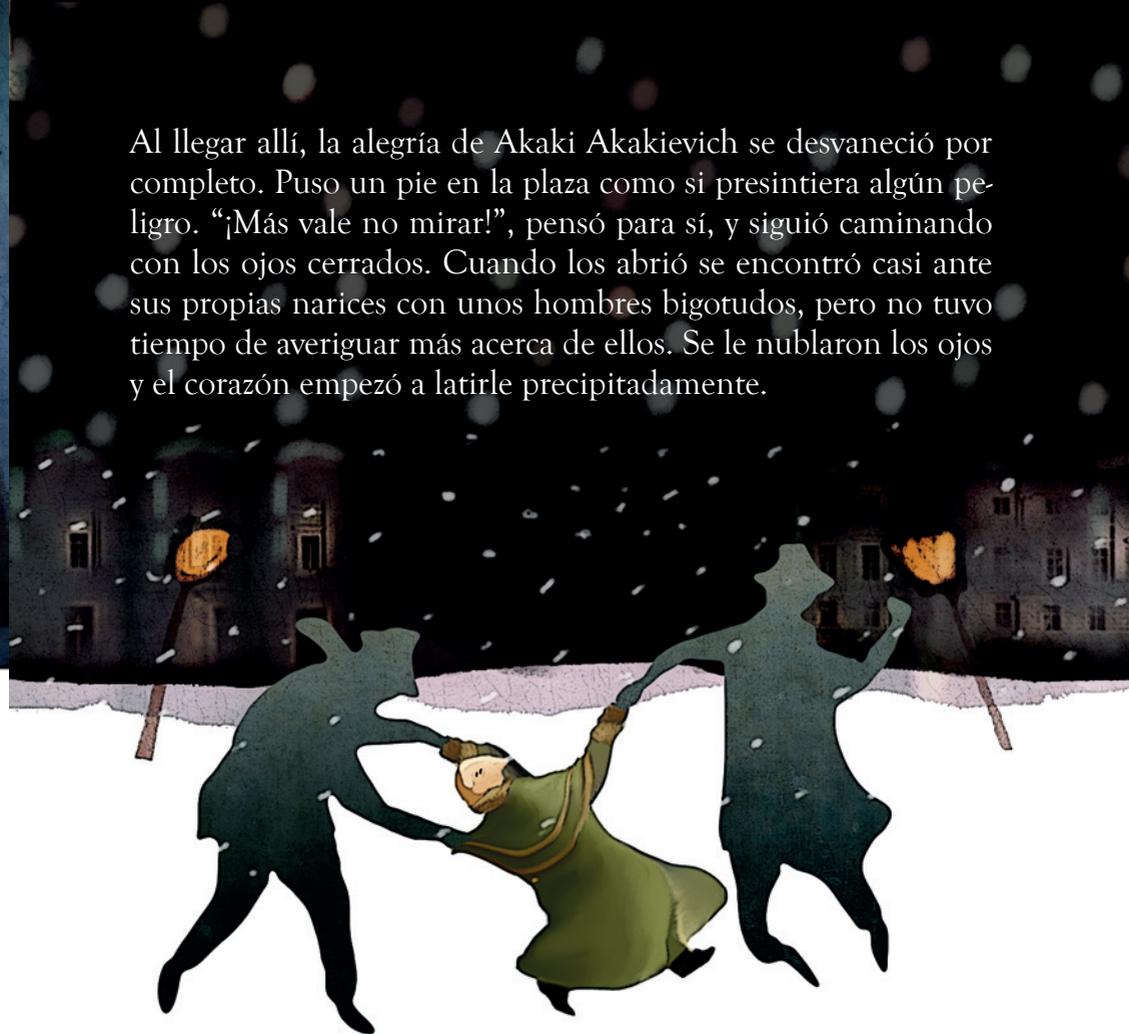


Sus colegas lo saludaron con calurosas exclamaciones y todos fueron al recibidor para admirar nuevamente su abrigo. Akaki Akakievich se quedó desconcertado y no pudo, por menos, alegrarse al ver cómo todos ensalzaban su abrigo.

Después, se olvidaron de él y del capote y volvieron a las mesas. Cuando sirvieron la cena, obligaron a Akaki Akakievich a beber dos copas y, desde ese momento, todo cuanto había en la habitación se le apareció bajo un aspecto mucho más risueño. Sin embargo, no consiguió olvidar que era pasada la medianoche y que ya era hora de volver a casa. Al fin, salió de la habitación sin ser visto y buscó su abrigo en el recibidor. Con gran dolor, lo encontró tirado en el suelo. Lo sacudió, le quitó las pelusas, se lo puso y, por último, bajó las escaleras.

Las calles estaban todavía alumbradas. Akaki Akakievich caminaba en un estado de ánimo de lo más alegre. Prosiguió su camino y pronto se extendieron ante él las calles desiertas que de noche parecían todavía más silenciosas y solitarias. Se acercaba a un punto donde la calle desembocaba en una plaza muy grande.

Al llegar allí, la alegría de Akaki Akakievich se desvaneció por completo. Puso un pie en la plaza como si presintiera algún peligro. “¡Más vale no mirar!”, pensó para sí, y siguió caminando con los ojos cerrados. Cuando los abrió se encontró casi ante sus propias narices con unos hombres bigotudos, pero no tuvo tiempo de averiguar más acerca de ellos. Se le nublaron los ojos y el corazón empezó a latirle precipitadamente.



—¡Este abrigo es mío! —exclamó uno de ellos con voz de trueno, tomándolo por el cuello.

Akaki Akakievich quiso gritar pidiendo auxilio cuando el otro le tapó la boca con el pañuelo, le quitó el abrigo y le dio un golpe con la rodilla que le hizo caer de espaldas en la nieve. Cuando volvió en sí y se levantó, ya no había nadie. Sintió que hacía mucho frío y que le faltaba el abrigo. Desesperado, echó a correr a través de la plaza. Creyó que emitía alaridos pero no le salía la voz.

Akaki Akakievich volvió a casa en un estado terrible. Estaba cubierto de nieve. La dueña de la pensión oyó que alguien golpeaba fuertemente en la puerta y fue corriendo a abrir. Al verlo retrocedió espantada. Cuando él le contó lo que le había sucedido la anciana alzó los brazos al cielo y dijo que debía dirigirse directamente al comisario, que era un hombre de bien.

A la mañana siguiente, muy temprano, fue a ver al comisario, pero le dijeron que aún dormía. Fue a las once, pero el comisario había salido. A la hora de la comida los secretarios no quisieron dejarlo pasar e insistieron en saber qué deseaba, por qué venía y qué había sucedido. De modo que Akaki Akakievich quiso, por primera vez en su vida, mostrarse enérgico, y dijo, en tono que no admitía réplicas, que tenía que hablar personalmente con el comisario y que, por tanto, debían dejarle pasar, y si no lo hacían, se quejaría de ello y les saldría cara la cosa. Uno de los guardias fue a anunciar su presencia.

El comisario observó el aspecto del viejo uniforme de Akaki Akakievich y le dijo de manera áspera y dura: —¿Qué desea?

El copista se asustó por completo. Sin embargo, trató de explicar que tenía un abrigo nuevo y que se lo habían robado de un modo inhumano.

En vez de interesarse por el robo del abrigo, el comisario empezó a preguntarle por qué volvía a casa a tan altas horas de la noche y si no habría estado en algún asunto sospechoso. El pobre Akaki Akakievich se quedó aún más confuso.

El comisario agregó bruscamente:

—Pero, ¡señor!, ¿no conoce usted el reglamento? ¿Cómo es que se presenta así? Primero debería usted haber hecho una nota para el jefe del departamento, que se la entregaría al secretario y éste me la hubiera elevado a mí.

—Pero, comisario... —dijo Akaki Akakievich recurriendo a la poca serenidad que aún le quedaba—. Yo, me he atrevido a molestarle con este asunto porque los secretarios..., los secretarios... son gente de poca confianza.

—¡Cómo! ¿Qué? ¿Qué dice usted?—exclamó enojado—. ¿Cómo se atreve a decir semejante cosa? ¿Qué audacia tiene usted con las autoridades! ¡¿Sabe usted con quién está hablando?! ¡Cómo se atreve!



En ese momento, el comisario dio una fuerte patada en el suelo y un guardia sacó de la oficina a Akaki Akakievich casi desmayado.

El copista no podía recordar cómo bajó las escaleras y de qué manera salió de aquel lugar. En medio de la nevada que se precipitaba sobre las calles, apenas si sentía las manos y los pies. Llegó a casa con el cuerpo hinchado y se metió en la cama.

Al día siguiente amaneció con una fiebre muy alta. La dueña de la casa llamó al médico. Cuando llegó, lo revisó, le tomó el pulso y se volvió hacia la anciana.

—Usted, madrecita —dijo el médico—, no pierda el tiempo: encargue en seguida un ataúd de madera de pino, pues uno de roble sería demasiado caro para él.



Ignoramos si Akaki Akakievich oyó estas palabras porque permanecía en el delirio de la fiebre. Tenía visiones extrañas. Veía a Petrovich y le encargaba que le hiciese un abrigo con una trampa para los ladrones; a cada instante llamaba a la dueña de casa y le suplicaba que sacara al ladrón que se había escondido debajo de la manta; luego preguntaba por qué el abrigo viejo estaba colgado delante de él, cuando tenía uno nuevo. Después solo murmuraba frases sin sentido, de manera que era imposible comprender nada. Solo se podía deducir realmente que aquellas palabras incoherentes se referían siempre a la misma cosa: el capote. Finalmente, el pobre Akakiy Akakievich exhaló el último suspiro.

Pocos días después de su muerte mandaron a un empleado de la oficina con orden de que Akaki Akakievich se presentase a trabajar. Pero el hombre volvió y declaró que Akaki Akakievich ya no podía presentarse porque había muerto.

Al día siguiente un nuevo empleado ocupó su puesto. Era un joven alto que no trazaba las letras tan derechas al copiar los documentos, sino mucho más torcidas.

¿Quién iba a creer que la historia de Akaki Akakievich no termina aquí? ¿Quién iba a imaginarse que estaba destinado a vivir ruidosamente aún muchos días después de muerto como recompensa por toda una vida en la que nadie lo había tomado en cuenta? Y, sin embargo, así sucedió y esta historia va a tener de repente un final fantástico e inesperado.

En San Petersburgo se esparció el rumor de que en la Plaza Grande se aparecía de noche un fantasma que buscaba un capote que le habían robado. Con ese pretexto, arrancaba los abrigos, forrados con pieles de gato, de castor, de zorro o de oso a todos los hombres que pasaban por el lugar. Uno de los empleados del Ministerio vio con sus propios ojos al fantasma y reconoció en él a Akaki Akakievich. Se llevó un susto tal que huyó a todo correr y por eso no pudo observar bien al espectro.

Pero hemos abandonado por completo al comisario quien, a decir verdad, fue el culpable del giro fantástico que tomó esta historia verídica. Es justo que confesemos que el hombre sintió algo así como lástima después de haber echado al pobre Akaki Akakievich. Al cabo de una semana, tanto llegó a inquietarlo su recuerdo que decidió enviar un oficial a su casa para preguntar por su salud. Al enterarse de que Akaki Akakievich había muerto de fiebre repentina, se quedó aterrado y no pudo dejar de escuchar los reproches de su conciencia.

De pronto, sin embargo, empezó a sentir que las ráfagas de un viento fortísimo lo atravesaban de trecho en trecho arrojando sobre él montones de nieve. De repente sintió como si alguien lo agarrara fuertemente por el cuello; volvió la cabeza y vio a un hombre de pequeña estatura. Lleno de horror reconoció en él a Akaki Akakievich.



Para distraerse un poco decidió aquella noche visitar a un amigo. Bajó las escaleras, subió al trineo y ordenó al cochero:
—¡A casa de Iván Abramovich!

Se envolvió en su magnífico abrigo y se sintió tranquilo preparándose para los momentos felices que lo esperaban en aquella reunión.

Su rostro estaba pálido como la nieve y su mirada era totalmente la de un muerto. Pero el terror del comisario se hizo más profundo cuando vio que aquella boca le dirigía las siguientes palabras:

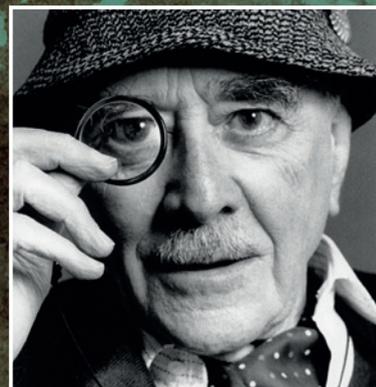
—¡Ah! ¡Por fin te tengo!... ¡Quiero tu capote! No quisiste preocuparte por el mío y hasta me insultaste. ¡Pues bien: dame ahora el tuyo!

Sin hacerse rogar, el comisario se quitó de prisa el capote y lo arrojó mientras lanzaba al cochero un extraño alarido:

—¡A casa, a toda prisa!

Al oír su voz, el cochero agitó el látigo y lanzó los caballos a toda velocidad. A los seis minutos ya estaba delante del portal de su casa. Había regresado pálido, asustado y sin abrigo. A duras penas consiguió llegar hasta su habitación; pasó una noche intranquila y a nadie dijo una palabra de lo que le había sucedido.

Lo más admirable es que a partir de ese momento ya no apareció el fantasma del difunto empleado. Por lo visto, el abrigo del comisario le había venido justo a la medida. Y no se volvió a oír que le hubieran quitado a nadie su capote.



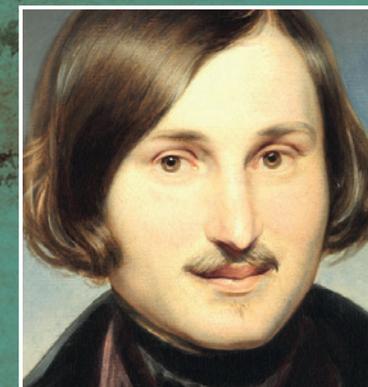
Manuel Mujica Láinez

Escritor, crítico de arte y periodista argentino. Nació el 11 de septiembre de 1910 en Buenos Aires y falleció el 21 de abril de 1984 en Cruz Chica, Córdoba.

En 1931 comenzó a colaborar en el diario *La Nación* como crítico de arte. Fue miembro de la Academia Argentina de las Letras y de la Academia Argentina de las Bellas Artes.

Recibió el Premio Nacional de Literatura Argentina (1963) y la Legión de Honor del Gobierno de Francia (1982) por el conjunto de su obra.

Bombarzo, su obra más famosa, fue transformada en ópera por el compositor Alberto Ginastera.



Nikolái Gógol

Nikolai Vasilievich Gogol es un gran escritor ruso; nació en lo que actualmente es Ucrania el 1 de abril de 1809 y murió el 4 de marzo de 1852.

Siendo muy joven debió trasladarse a San Petersburgo -capital del imperio ruso- para trabajar en un modesto empleo administrativo.

Simultáneamente se dedicó a escribir relatos breves cuya acción tenía lugar en la ciudad en la que Gógol vivía, como *Diario de un loco*, *El capote* y *La nariz*.

Su comedia teatral *El inspector*, estrenada en 1836, lo convertiría en un escritor conocido.



Vamos Buenos Aires

ISBN 978-987-549-805-1



9 789875 498051